

TYLER HAMILTON
y DANIEL COYLE

GANAR A CUALQUIER PRECIO

La historia oculta
del dopaje en el
ciclismo



Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[La historia detrás de este libro](#)

[1. Entrar en el juego](#)

[2. Realidad](#)

[3. Europerros](#)

[4. Compañeros de piso](#)

[5. Los picarones](#)

[6. 2000: Construir la maquinaria](#)

[7. El siguiente nivel](#)

[8. La vida en el barrio](#)

[9. Nuevo comienzo](#)

[10. La vida en la cima](#)

[11. El ataque](#)

[12. Todo o nada](#)

[13. Pillado](#)

[14. La excavadora de Novitzky](#)

[15. Escondite](#)

[16. La broma pesada](#)

[Epílogo](#)

[Los personajes de esta historia](#)

[Agradecimientos](#)

[Lecturas adicionales](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

A mi madre, TH
A Jen, DC

Si te callas la verdad y la sepultas bajo tierra, crecerá y acumulará tal poder explosivo que, el día que estalle, lo volará todo a su paso.

ÉMILE ZOLA

LA HISTORIA DETRÁS DE ESTE LIBRO

Daniel Coyle

En 2004 me mudé a España con mi familia para escribir un libro sobre el intento de Lance Armstrong de ganar su sexto Tour de Francia. Se trataba de un proyecto fascinante por diversos motivos, pero el mayor de ellos era el misterio que irradiaba su núcleo: ¿quién era Lance Armstrong en realidad? ¿Era un campeón verdadero y digno, tal y como muchos creían? ¿Era un drogadicto y un tramposo, tal y como insistían otros? ¿O vivía en el sombrío espacio intermedio?

Alquilamos un apartamento en la base de entrenamiento de Armstrong en Girona, a diez minutos a pie de la casa —parecida a una fortaleza— que el ciclista compartía con su novia de aquel entonces, Sheryl Crow. Viví durante quince meses en el Planeta Lance, pasé tiempo con sus amigos, sus compañeros de equipo, sus médicos, entrenadores, abogados, agentes, mecánicos, masajistas, rivales, detractores y, naturalmente, con el propio Armstrong.

Me gustaban la abundante energía de Armstrong, su agudo sentido del humor y sus capacidades de liderazgo. No me gustaban su volatilidad, su hermetismo y la forma abusiva con la que trataba, en ocasiones, a sus compañeros de equipo y amigos; pero, al fin y al cabo, aquello no era algo insignificante: era el deporte más exigente del mundo a nivel físico y mental. Informé sobre todos los aspectos de la historia con tanta minuciosidad como pude y, a continuación, escribí *La guerra de Lance Armstrong*^[*] un libro que

muchos de sus compañeros de equipo consideraron objetivo y justo. (Lance dijo oficialmente que estaba «de acuerdo» con el libro.)

A lo largo de los meses y años posteriores a la publicación del volumen, la gente me preguntaba a menudo si creía que Armstrong se dopaba. Me sentía dividido ante la pregunta, pero la probabilidad crecía de manera constante a medida que pasaba el tiempo. Por una parte estaban las pruebas circunstanciales: los estudios mostraban que las drogas mejoraban el rendimiento entre un 10 y un 15 por ciento en un deporte en el que las carreras se decidían a menudo por una fracción de un punto porcentual. A ello se sumaba el hecho de que casi todos los ciclistas que se habían alzado sobre el podio del Tour de Francia junto con Armstrong se habían visto relacionados posteriormente con el dopaje, entre ellos, cinco de sus compañeros de equipo en el U.S. Postal Service. También estaba la estrecha y prolongada asociación de Armstrong con el doctor Michele Ferrari, alias doctor Diablo, el misterioso italiano conocido como uno de los médicos más infames del deporte.

Por otra parte, había que tener en cuenta el hecho de que Armstrong había superado los controles de dopaje de forma brillante. También que él se defendía con vehemencia y había ganado diversas y notorias demandas. Además, en el fondo de mi mente se repetía un razonamiento recurrente: si resultaba que Armstrong se dopaba, entonces había igualdad de condiciones, ¿no es cierto?

Fuera cual fuese la verdad, estaba completamente convencido de que nunca volvería a escribir sobre el dopaje y/o Armstrong. Dicho de otra manera, el dopaje era una mierda. Está claro que desde el punto de vista de la intriga y el misterio era fascinante, pero, cuanto más te adentrabas en ello, más asqueroso y turbio se volvía: historias de médicos peligrosamente no cualificados, directores de equipo maquiavélicos y ciclistas ambiciosos hasta la desesperación que sufrían profundos daños físicos y psicológicos. Era un asunto oscuro que se oscureció aún más durante la servvente lapoca que pasé en Girona, con la muerte de dos de

las estrellas más brillantes de la era de Armstrong —Marco Pantani (depresión, sobredosis de cocaína, treinta y cuatro años de edad) y José María Jiménez (depresión, infarto, treinta y dos años de edad)— y el intento de suicidio de otra gran figura, Frank Vandenbroucke, de treinta años de edad.

Alrededor de todo aquello, como una caja fuerte de acero reforzado, estaba la *omertà*: el código de silencio que rige entre los ciclistas profesionales en lo que al dopaje se refiere. El poder de la *omertà* estaba bien consolidado: a lo largo de la dilatada historia de este deporte, ningún ciclista de primer nivel lo había revelado todo. Los gregarios y el personal de equipo que hablaban sobre el dopaje eran expulsados de la hermandad y tratados como traidores. Con tan pocos datos fiables, informar sobre este asunto era un ejercicio frustrante, sobre todo en lo que a Armstrong se refería, pues su icónico estatus de ciudadano santo que había salido vencedor frente al cáncer atraía el escrutinio y a la vez lo protegía de él. Cuando terminé *La guerra*, pasé a otros proyectos, contento de ver cómo el Planeta Lance se alejaba en mi espejo retrovisor.

Después, en mayo de 2010, todo cambió.

El gobierno de Estados Unidos abrió una investigación en torno a Armstrong y su equipo, el U.S. Postal. Las líneas de indagación incluían el fraude, la conspiración, el crimen organizado, el soborno de funcionarios extranjeros y la intimidación a testigos. Las pesquisas estaban dirigidas por el fiscal federal Doug Miller y el investigador Jeff Novitzky, que habían desempeñado papeles importantes en el caso BALCO. [*] Aquel verano comenzaron a alumbrar con un potente foco los rincones más oscuros del Planeta Lance.

Citaron a testigos —compañeros de equipo de Armstrong, miembros de la plantilla y amigos— a declarar frente a un gran jurado en Los Ángeles.

Comencé a recibir llamadas. Las fuentes me decían que la investigación crecía cada vez más: que Novitzky había obtenido testimonios de testigos presenciales que demostraban que Armstrong había transportado, usado y dis-

tribuido sustancias controladas, así como pruebas de que era posible que hubiese tenido acceso a drogas experimentales para la sustitución de la sangre. Tal y como me dijo el doctor Michael Ashenden, un especialista antidopaje australiano que había trabajado en diversas investigaciones importantes sobre la cuestión, «Si Lance consigue salir de ésta, será un maldito Houdini».

A medida que la investigación avanzaba, empecé a sentir que tenía una cuenta pendiente, que aquélla podía ser la oportunidad de descubrir la verdadera historia de la era Armstrong. El problema era que no podía informar sobre aquellos sucesos yo solo. Necesitaba un guía, alguien que hubiera vivido en aquel mundo y estuviese dispuesto a romper la *omertà*.

En realidad sólo había un nombre a considerar: Tyler Hamilton.

Tyler Hamilton no era un santo. Había sido uno de los mejores y más populares ciclistas del mundo —ganador de la medalla de oro olímpica— hasta que lo pillaron por dopaje en 2004 y fue exiliado del deporte.

Su conexión con Armstrong se remontaba a hacía más de una década: primero fue uno de sus principales lugartenientes en el U.S. Postal, uniU.S. Po desde 1998 hasta 2001, y después su rival, cuando Hamilton dejó el Postal para liderar el CSC y el Phonak. Ambos eran vecinos en el mismo edificio de Girona: Armstrong vivía en la segunda planta y Hamilton y su esposa, Haven, en la tercera.

Antes de su caída, Hamilton había sido considerado el estereotipo de héroe que los periodistas deportivos solían inventar en la década de los cincuenta: de voz suave, guapo, educado y más duro de lo normal. Era natural de Marblehead, Massachusetts, donde había sido un destacado esquiador alpino hasta que llegó a la universidad. Allí, una lesión de espalda lo hizo descubrir su verdadera vocación. Hamilton era lo opuesto a una superestrella llamativa: un ciclista obrero que ascendía lenta y pacientemente la pirámide del mundo del ciclismo. Por el camino se hizo conocido por su ética laboral sin igual, su personalidad discreta y

amable y, sobre todo, por su extraordinaria capacidad para soportar el dolor.

En 2002 Hamilton se estrelló nada más empezar las tres semanas del Giro de Italia y se fracturó el hombro. Siguió participando, soportó tal dolor que se pulverizó once dientes hasta la raíz y requirió cirugía después del Giro. Terminó segundo. «En cuarenta y ocho años de ejercicio, jamás he visto un hombre que pudiera aguantar tanto dolor como él», dijo el fisioterapeuta de Hamilton, Ole Kare Foli.

En 2003 fue el protagonista de un segundo choque en la primera etapa del Tour de Francia y se fracturó la clavícula. Siguió adelante, ganó una etapa y terminó en un extraordinario cuarto lugar en una actuación que el veterano doctor del Tour, Gérard Porte, describió como «el mejor ejemplo de valor con el que me he cruzado».

Hamilton también era uno de los ciclistas más populares del pelotón: humilde, presto a alabar a los demás y considerado. Sus compañeros de equipo disfrutaban representando una sátira en la que uno de ellos fingía ser Hamilton desplomado en la carretera tras un choque. El otro compañero, que simulaba ser el doctor del equipo, corría hasta él, consternado. «¡Dios mío, Tyler! —chillaba—. ¡Te falta una pierna! ¿Estás bien?» El que representaba a Hamilton sonreía de forma tranquilizadora. «No te preocupes, estoy bien —decía—. ¿Cómo estás tú?»

Yo había pasado algo de tiempo con Hamilton en Girona, en 2004, y había sido una experiencia memorable. La mayor parte del tiempo, Tyler era tal y como se decía: humilde, amable, educado, un completo boy scout. Me abría la puerta, me daba las gracias tres veces por invitarlo a café y era encantadoramente ineficaz a la hora de controlar a su exuberante golden retriever, *Tugboat*. Cuando hablábamos sobre la vida en Girona, o sobre su niñez en Marblehead, o sobre sus adorados Red Sox, se mostraba gracioso, perceptivo y entregado.

No obstante, cuando hablaba sobre el ciclismo o sobre el siguiente Tour de Francia, la personalidad de Hamilton cambiaba. Su sentido del humor bromista se evaporaba, fi-

jaba los ojos en la taza de café y comenzaba a repetir los clichés deportivos más variados, sosos y aburridos jamás oídos. Me decía que se preparaba para la ronda gala «día a día, carrera a carrera y haciendo sus deberes»; que Armstrong era «un tío estupendo, un duro competidor y un amigo íntimo»; que era «un verdadero honor el mero hecho de participar» en el Tour de Francia, etcétera. Era como si tuviera un extraño trastorno que le provocase brotes de una insipidez incontrolable cada vez que se mencionaba el ciclismo.

Durante nuestra última conversación (que tuvo lugar unas cuantas semanidtuantas as antes de que lo pillaran por dopaje), Hamilton me había sorprendido al preguntarme si estaría interesado en escribir un libro sobre él y su vida en el ciclismo. Le dije que me halagaba que me lo pidiera y que lo hablaríamos más adelante. A decir verdad, lo estaba desalentando. Tal y como le dije a mi mujer aquella noche, me gustaba Hamilton y sus hazañas sobre la bicicleta eran increíbles e inspiradoras, pero a la hora de convertirlo en el tema de un libro, tenía un defecto fatal: sencillamente, era demasiado aburrido.

Varias semanas después, descubrí que estaba equivocado. Tal y como revelarían los reportajes de los meses y los años siguientes, el boy scout había llevado una segunda vida sacada directamente de una novela de espías: nombres en clave, teléfonos secretos, decenas de miles de dólares en pagos en efectivo a un conocido doctor español y un congelador médico llamado «Siberia» para almacenar la sangre que se usaría en el Tour de Francia. Más adelante, una investigación de la policía española reveló que Hamilton no estaba ni mucho menos solo: docenas de ciclistas de primera línea participaban en programas secretos igual de complejos. Pese a todas las pruebas, Hamilton mantuvo que era inocente. Las autoridades antidopaje rechazaron sus afirmaciones y lo suspendieron durante dos años. Él desapareció rápidamente del radar.

A medida que la investigación sobre Armstrong iba acelerándose, indagué un poco por mi cuenta. Los artículos

decían que Hamilton se acercaba a los cuarenta, estaba divorciado y vivía en Boulder, Colorado, donde llevaba un pequeño negocio de entrenamiento y *fitness*. Había intentado una breve reaparición después de su suspensión, pero terminó cuando dio positivo por un medicamento que no alteraba el rendimiento y que había tomado para hacer frente a su depresión clínica, enfermedad que sufría desde que era niño. No concedía entrevistas.

Un antiguo compañero de equipo se refería a Hamilton como «el Enigma».

Yo aún tenía su dirección de correo electrónico. Escribí:

Hola, Tyler:
Espero que te encuentres bien.
Mucho tiempo atrás me propusiste que escribiéramos un libro juntos.
Si aún te apetece hacerlo, me encantaría hablarlo.
Con mis mejores deseos,
Dan

Unas cuantas semanas después, volé a Denver para encontrarme con él. Cuando salí de la terminal, lo vi al volante de un todoterreno plateado. Su aspecto juvenil se había marchitado y convertido en algo más duro; tenía el cabello más largo y con mechones grises; también pequeñas y profundas arrugas alrededor de los ojos. Cuando nos alejábamos con el coche abrió una lata de tabaco de mascar.

«He intentado dejarlo. Es un hábito asqueroso, lo sé. Pero ayuda con el estrés. O al menos parece que lo hace.»
uottify">

Miró a su alrededor. Entonces, el hombre capaz de tolerar cualquier dolor —el que se había pulverizado los dientes hasta la raíz con tal de no abandonar— adquirió repentinamente el aspecto de un hombre a punto de echarse a llorar. No de pena, sino de alivio.

«Lo siento —dijo unos segundos después—. Es sólo que siento muy bien poder hablar de esto por fin.»

Comencé con la pregunta principal: ¿por qué había mentido sobre su propio dopaje? Hamilton cerró los ojos. Los abrió de nuevo y pude distinguir la tristeza.

«Mira, mentí. Pensé que causaría menos daños. Ponte en mi lugar. Si hubiera dicho la verdad, todo se habría acabado. El patrocinador del equipo se habría retirado y cincuenta personas, cincuenta amigos míos, habrían perdido sus empleos. Son personas que me importan. Si hubiera dicho la verdad, me habría quedado fuera del deporte para siempre. Mi nombre habría quedado arruinado. Y no puedes hacerlo a medias..., no puedes decir “fui sólo yo, una sola vez”. La verdad es demasiado grande, involucra a demasiada gente. Tienes que contar el ciento por ciento o nada. No hay punto intermedio. Así que sí, elegí mentir. No soy el primero que lo hace ni seré el último. A veces, si mientes lo suficiente, comienzas a creértelo.»

Me contó que, unas semanas antes, los investigadores lo habían citado, lo habían puesto bajo juramento y lo habían subido al estrado de un tribunal de Los Ángeles.

«Reflexioné sobre ello durante mucho tiempo antes de entrar. Sabía que no podía mentirles, de ninguna manera. Así que decidí que, si iba a decir la verdad, lo haría hasta el final. Ciento por ciento, lo revelaría todo. Decidí que ninguna pregunta me detendría. Y eso es lo que hice. Testifiqué durante siete horas. Respondí a todo lo que me preguntaron lo mejor que pude. No dejaban de preguntarme por Lance... querían que lo señalara con el dedo. Pero yo siempre me señalé a mí mismo primero. Les hice comprender cómo funcionaba todo el sistema, cómo se había desarrollado con los años y que no podía señalar a una sola persona. Era todo el mundo. Todo el mundo.»

Se recogió las mangas derecha e izquierda. Puso las palmas de las manos hacia arriba y extendió los brazos. Se señaló el interior de los codos, el entramado de delgadas cicatrices que recorría sus venas. «Todos tenemos cicatrices como éstas —dijo—. Es como el tatuaje de una fraternidad. Cuando me bronceaba, se veían y tenía que mentir sobre ellas; le decía a la gente que me había cortado el brazo en un choque.»

Le pregunté cómo había evitado dar positivo durante todos aquellos años y él esbozó una sonrisa seca.

«Es fácil superar los controles —contestó—. Estamos muy por delante de ellos. Ellos tienen sus médicos, pero los nuestros son mejores. Están mejor pagados, desde luego. Además, a la UCI (Unión Ciclista Internacional, el órgano directivo de este deporte) tampoco le interesa cazar a algunos. ¿Por qué querrían hacerlo? Les costaría dinero.»

Le pregunté por qué quería contar su historia en aquel momento.

«Me he callado durante muchos años —respondió—. Me lo he guardado l bhe guartodo dentro durante demasiado tiempo. Nunca lo había contado de principio a fin antes, así que nunca lo había visto o sentido realmente. De modo que, una vez comencé a decir la verdad, fue como si un enorme dique estallara dentro de mí. Y sienta tan, tan bien contarlo... No puedes imaginarte lo fantástico que es. Fue como si por fin me quitara un enorme peso de los hombros, y, si siento eso, sé que es lo correcto para mí y para el futuro de mi deporte.»

A la mañana siguiente, Hamilton y yo nos encontramos en mi habitación del hotel. Establecí tres reglas básicas:

1. No habría ningún tema vedado.
2. Accedería a sus diarios, fotos y fuentes.
3. Siempre que fuera posible, habría que confirmar los datos de forma independiente.

Aceptó sin vacilar.

Aquel día lo entrevisté durante ocho horas —fue la primera de más de sesenta entrevistas—. En diciembre pasamos una semana en Europa visitando ubicaciones clave en España, Francia y Mónaco. Para verificar y corroborar su relato, entrevisté a numerosas fuentes independientes —compañeros de equipo, mecánicos, médicos, esposas, asistentes de equipo y amigos— además de a ocho antiguos corredores del U.S. Postal Service. Sus relatos también es-

tán incluidos en este libro; algunos de ellos hablan aquí por primera vez.

En el curso de nuestra relación, me di cuenta de que no era Hamilton quien explicaba la historia, sino que la historia lo explicaba a él al emerger de su interior en prolongados estallidos. Posee una memoria extraordinariamente precisa y sus relatos resultaron muy exactos, cosa que tal vez pueda atribuirse a la intensidad emocional de las experiencias originales. Su tolerancia al dolor también resultó útil. No se guardó nada durante el proceso y me animó a hablar con los que podían mirarlo con malos ojos. En cierta manera, se obsesionó tanto con contar la verdad como se había obstinado antes en ganar el Tour de Francia.

El proceso de entrevistas duró casi dos años. En algunas ocasiones me sentía como un sacerdote escuchando una confesión; en otras, como un psiquiatra. A medida que pasaba el tiempo, vi que contarle cambiaba a Hamilton. Nuestra relación resultó ser un viaje para ambos. Para él, fue una travesía de huida de los secretos y hacia una vida normal; para mí, un periplo hacia el centro de este mundo jamás visto antes.

Resultó que la historia que contaba no era sobre dopaje, era sobre poder. Era acerca de un tipo corriente que trabajó hasta llegar a lo más alto de un mundo extraordinario, que aprendió a jugar una turbia partida de ajedrez de estrategia e información en el límite más extremo del rendimiento humano. Trataba sobre un mundo corrupto aunque extrañamente caballeroso en el que tomarías cualquier sustancia química existente para ir más rápido, pero esperarías a tu oponente si chocara. Por encima de todo, se trataba de la insoportable tensión de llevar una vida secreta.

«Un día soy una persona normal con una vida normal —me explicó—, y al día siguiente estoy en la esquina de una calle de Madrid con un teléfono secreto y un agujero en el brazo, sangrando y con la esperanza de que no me detengan. Era una locura total. Peronta total. en aquel momento parecía la única manera.»

A veces expresaba su temor a que Armstrong y sus poderosos amigos actuaran contra él, pero nunca mostró ningún odio hacia su antiguo compañero. «Siento lástima por Lance —decía—. Entiendo quién es y dónde está. Él tomó la misma decisión que tomamos todos, la de convertirse en un jugador. Entonces comenzó a ganar el Tour y se le fue de las manos, las mentiras se hicieron cada vez más grandes. Ahora ya no le queda elección. Tiene que seguir mintiendo, tiene que seguir intentando convencer a la gente de que pase página. No puede dar marcha atrás. No puede decir la verdad. Está atrapado.»

Armstrong no respondió a una solicitud de entrevista para este libro. En cualquier caso, sus representantes legales dejaron claro que niega completamente cualquier acusación de dopaje. Tal y como dijo Armstrong en una declaración que emitió después de que la Agencia Antidopaje de Estados Unidos (USADA) los acusará a él, a su entrenador, al doctor Ferrari y a cuatro de sus compañeros del U.S. Postal de conspiración de dopaje el 12 de junio de 2012: «Nunca me he dopado y, a diferencia de muchos de mis acusadores, he competido como atleta de resistencia durante veinticinco años sin ninguna bajada en el rendimiento, he pasado más de quinientas pruebas antidopaje y nunca he dado positivo en ninguna.»

Varios de los compañeros de Armstrong a los que la USADA también acusó han negado firmemente cualquier implicación en actividades relacionadas con el dopaje, incluido el antiguo director del Postal, Johan Bruyneel, el doctor Luis del Moral y el doctor Ferrari. En una entrevista con *The Wall Street Journal*, Del Moral dijo no haber proporcionado sustancias prohibidas ni haber realizado procedimientos ilegales sobre los atletas. En una declaración en su página web, Bruyneel afirmó: «Nunca he participado en ninguna actividad relacionada con el dopaje y soy inocente de todos los cargos.» En una declaración por correo electrónico, Ferrari aseguró: «NUNCA en mi vida han encontrado EPO ni testosterona en mi poder. NUNCA he administrado EPO ni testosterona a ningún atleta.» El doctor Pedro